E inclinándose hácia Juana, que le tendia los brazos, depositó en su pálida mejilla un beso sin calor.

## XXXV

Cinco minutos despues, el ex-banquero, que habia subido no sin trabajo las escaleras, gracias á la ayuda de Juana y de Godefroy, estaba reclinado en uno de los sillones de su alcoba, cubierto con una manta, aunque la temperatura no fuese nada fria, y sostenido por blandos almohadones.

Caia su cabeza sobre el pecho: su labio inferior muy caído; la expresion de su rostro acusaba una gran imbecilidad.

—¡Ajá! - murmuró el príncipe mirando á su amigo con verdadera satisfaccion.—Esto es lo que se llama estar bien instalado. Todo irá desde ahora perfectamente.

Juana, mucho menos tranquila que parecia estar el señor de Castel-Vivant, sentia necesidad de llorar y oprimido el corazon. Cogió de un brazo á Godefroy y lo llevó á una ventana.

—¿En qué puedo complaceros, querida niña? —preguntó el príncipe con su habitual galantería.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.



—Habladme con franqueza.

—No deseo otra cosa. ¿De qué se trata?

—¿Qué tiene mi padre?

—Algo de fatiga. Se ha entregado con demasiada asiduidad á los negocios que lo detenian en Paris. Sufre las consecuencias de este exceso, pero os repito que no hay motivo de alarma.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor, querida niña!

—Pero hubo un tiempo en que mi padre consagraba su vida á los grandes negocios, mas importantes con seguridad que los que hoy le preocupan, y sin embargo, jamas le he visto así. ¿En qué consiste esta diferencia?

—En una cosa muy sencilla—contestó el príncipe sin vacilar.

—¿Cual?

—En que ha perdido la costumbre de trabajar, y en que á su edad deben tomarse mas precauciones. Vuestro excelente padre es mucho menos jóven que yo.

—¿Y hemos de dejarle en ese estado? ¿No intentaremos algo para aliviarle? ¿Debo llamar un médico?

—No es necesario—contestó Godefroy,—tenemos nuestra prescripcion, y vais á ver que sencilla es. ¿Teneis Jerez ó Madera aquí?

—Sí, el dia de la boda de Lazarine se com

pró un cesto, y deben quedar algunas botellas.

—Pues bien, haced batir yema de huevo en vino de Madera ó de Jerez, echad canela en polvo y azúcar, y que cada dos horas tome vuestro padre una dósis de esta mezcla. Ayudad á esta medicacion con una sopa de alimento (una cucharada cada cuarto de hora) y ya notareis los resultados. Antes de cuarenta y ocho horas mi amigo estará en pié.

Juana se apresuró á salir de la alcoba para proceder á la confeccion del brebaje tónico, y para decir á la cocinera que preparase un caldo de gallina.

El ex-banquero se habia entregado en Paris á los desórdenes propios de la juventud y estaba amenazado de una congestion.

Godefroy consultó á un médico, el cual, despues de un detenido exámen, dijo:

—El mal no me parece de peligro y el enfermo puede resistir el viaje. Conviene que lo emprenda cuanto antes. El aire de Paris le es perjudicial. El campo y la soledad es lo que le conviene. Procurad sobre todo que no cometa exceso alguno. Una recaída sería grave y no responderia de nada.

El médico indicó luego el régimen que Juana se disponia á poner en práctica, y cuyos resultados excedieron á toda esperanza, porque Julio Leroux, despues de una noche tranquila,

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.



se encontró muy aliviado, física y moralmente.

El cerebro funcionaba con regularidad; la vista empezaba á despejarse; el labio recobraba su posicion normal; los miembros obedecian á su voluntad.

El ex-banquero pudo abandonar su alcoba por la tarde, bajar la escalera sin necesidad de ayuda, y sentarse al aire libre en un sillon rústico entre Juana y Godefroy, que le acompañaba. A la hora de comer se encontró tan bien, que quiso asistir á la comida y ocupó en la mesa su sitio tradicional.

Pero de repente y á mitad de comida, sin que precediera síntoma alguno alarmante, la lengua de Julio Leroux se negó á articular sonido, enrojeció su rostro, se inyectaron sus ojos, llevó sus manos á su frente, y perdiendo el equilibrio cayó de la silla y rodó por el suelo.

Juana lanzó un grito de espanto; arrodíllóse junto á su padre é intentó reanimarle con sus caricias.

Godefroy, lleno de terror, arrojó agua fresca sobre el rostro inanimado de su amigo, y aplicó á su nariz un pañuelo mojado en vinagre; pero no logró resultado alguno.

—¡No hay que hacerse ilusiones!—murmuró, —es un ataque. Hay que llamar un médico en seguida.